

Son muchos los “filósofos que han venido ocupándose de cuestiones relativas al bien, lo correcto, la obligación, el juicio moral, el juicio estético, la verdad”.¹ Pero los filósofos también venden la capacidad de pensar como cualquier obrero vende su fuerza de trabajo. El que compra siempre es el mismo: el poder, y en este momento histórico, el poder capitalista.

En la esfera de la legitimación, el capitalismo se esfuerza por ocultar la dureza que practica con las poblaciones humanas y el expolio de los recursos naturales. Para ello, dedica una parte de la riqueza que acumula mediante el dominio y la explotación para esconder la degradación humana que exige tal acumulación y control. Buena parte del mundo académico, así como personas del mundo de la compasión, organizadas en ONGs, forman parte de la *nómina capitalista*, de ese gasto que dedica el sistema a legitimar socialmente su expolio.

No debe sorprender, entonces, que realidades como el *comercio desigual* aparezca ahora como *comercio justo*, la *usura* que practican los bancos como *banca ética*, el *jornal* que percibe el trabajador como *salario justo*, el pago por una transacción monetaria (*crédito*) como *interés natural*, las situaciones de *pobreza* de muchos ciudadanos como consecuencia de su propia *vagancia*, las *pensiones contributivas* que perciben los jubilados como expresión graciable de un Estado benévolo, o llamado del *bienestar*, el *capitalismo* por *globalización*, etc. También se han hecho ya muy populares las expresiones de *economía social de mercado*, *capitalismo humano*, *empresa social*, *economía social*, expresiones que han introducido en el lenguaje con la intención de enmascarar la dura realidad que representan.

Otras frases que pronto oiremos son: *producción ética*, *riqueza justa*, *capitalismo ético*. Un ejemplo de esta perversidad del lenguaje la veremos cuando se sustituya *explotación* por *explotación ética*:

- Por ahora se entiende que la *explotación* es la “utilización en propio beneficio de alguna circunstancia que coloca a otro en desventaja”.² Sin embargo, la *explotación ética* será un término que sustituirá pronto al anterior para enmascarar la explotación capitalista.

Lo último en la maquinación del lenguaje, en hacer trampas con el mismo, es la ocurrencia del *índice de responsabilidad social corporativa*. De acuerdo con este criterio, las empresas³ pueden ser clasificadas en *buenas* (responsables) si tratan bien a sus trabajadores, respetan a los consumidores de sus productos y al medio ambiente donde tienen ubicada la fabricación de sus mercancías. Pero *malas* (irresponsables) si ignoran uno o varios de estos indicadores. De alguna manera, este índice sintetiza todas las perversidades anteriormente mencionadas: un salario justo es sinónimo de buen trato a los trabajadores, el precio justo es sinónimo de no lucrarse a cuenta de los consumidores, el respeto al entorno es una señal de producción ética; la empresa que a sí se comporta tiene una ética social, de forma que todo ello, en conjunto, responde a un capitalismo ético, a otra globalización más humana es posible, y demás eslóganes últimamente urdidos por los técnicos de expresión oral e imagen.

A los que nos identificamos con la *crítica de la crítica crítica*, las empresas son *intrínsecamente injustas* porque tienen que alienar y explotar el trabajo humano, aparte del expolio que hacen sobre los recursos naturales. Sin olvidar el poder que ejercen las empresas y que Rosa Luxemburgo nos anima a recordar: que las relaciones en el consumo, en el entorno natural, y en la producción, “no pueden ser aisladas de las relaciones de propiedad”.⁴ Es decir, no parece que las razones pías y los indicadores morales pueden ser un freno a la lógica que les impone el propio sistema capitalista.

¿Ética, justicia? Tampoco parece que a los creadores y divulgadores de lenguaje al servicio del capitalismo les incumban tales conceptos normativos. A su vez, este sabe recompensar a quién tan bien le sirve.

Barcelona, enero del 2006

¹ Juan J. Jiménez Navarro. “Juicios de valor y estimación valorativa”. En Román Reyes. *Terminología científica-social-social, Aproximación crítica* Anthropos. Barcelona 1991.

² Francisco Álvarez. “Explotación”. En Román Reyes. *Terminología científica-social-social, Aproximación crítica* Anthropos. Barcelona 1991.

³ Pequeñas, medianas y grandes empresas. Las multinacionales son las que más sujetas están a esta evaluación, por el poder que tienen y ejercen sobre los citados parámetros. Pero lo curioso en muchos analistas, es que el comportamiento empresarial de estas entidades aparece desvinculado de la lógica de acumulación que el propio sistema capitalista les impone a todas ellas.

⁴ Rosa Luxemburgo. *Socialismo y Revolución*. Grijalbo Barcelona 1974.